



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 3.º—NÚMERO 6.

DIRECTORA.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

14 de Febrero de 1877.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Barro del Campillo, núm. 15.

ADVERTENCIA.

Habiéndonos pedido algunos señores suscritores sus respectivas liquidaciones, advertimos á los que no las hayan recibido, que pueden mirar el primer número en que empezó su suscripcion, y les será fácil verlo por sí mismos, puesto que son dos reales mensuales, y así sabrán lo que adeudan, segun lo que hayan abonado; esto lo hacemos por evitar alguna correspondencia, atendiendo á la mucha que nos vemos obligados á sostener por la aglomeracion de suscripciones; y por la misma razon tambien, en la cubierta de uno de nuestros próximos números, pondremos la lista de los señores suscritores á quien se suspende el envio del periódico por falta de pago, como lo hacemos todos los años, para que de este modo no extrañen el no seguir recibéndolo.

Esto se entiende solo con los señores cuyo atraso date del año 75.

SUMARIO:

Bienaventurados los que lloran....., por don Bernardo Aparicio. — **¡Abandonada!** poesía, por don Tomás de Briones. — **Calvario y Redencion**, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez. — **La gratitud**, poesía, por don Jacinto Félix de Jaumar. — **Los hijos de Eduardo**, conclusion).

BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN.....

La vida del hombre es una série continua de desgracias, el sufrimiento está encarnado en nuestra existencia material, en nuestro modo de ser.

Porque los seres solo son felices cuando cumplen su mision, y la mision del hombre es mucho mas alta, inmensamente mas elevada que la de existir en la tierra.

Por eso llora el niño cuando nace, y jamás se arranca un suspiro de dolor moral al moribundo.

Porque el hombre presiente sin duda al venir al mundo lo que en él le está destinado, é inconscientemente mas tarde se dá cuenta de ese mas allá de delicias sin fin, de ese mas allá que

anhelamos cuando la muerte corta el hilo de nuestra existencia.

Llorar y sufrir; hé aquí nuestro destino en este mundo; llorar y sufrir; hé aquí los únicos goces de la humanidad.

Porque aunque parezca un contrasentido, llorar y sufrir es un goce cuando las lágrimas se han vertido y el sufrimiento se ha llevado con resignación.

Por eso la conformidad con los decretos del Supremo, es la única felicidad á que podemos aspirar en la tierra.

Y que esto es así, basta abrir cualquier hoja del libro de nuestra vida, y el acontecimiento menos importante, el hecho que mas desapercibido ha pasado para nosotros, nos demuestra que en nuestro ser hay algo contrario al placer continuado, en nuestro organismo algo que se opone al goce eterno.

Y en medio de nuestro sufrimiento, cuando la resignación ha entrado dentro de nosotros mismos, hallamos un placer inmenso, porque un placer es saber mitigar nuestro dolor.

El goce continuado nos cansa, hasta el alma y sentimos un malestar que no nos explicamos, pero que parece hasta robarnos la tranquilidad.

El goce perpétuo embota los sentidos, el sufrimiento despierta el sentimiento y las afecciones del alma.

Porque la felicidad es muy egoísta.

Y es egoísta porque no puede menos de serlo, porque la felicidad de la tierra es tan efímera, que tememos perderla al menor contratiempo.

Y para ocultarla sufrimos.

En la misma felicidad hay un sufrimiento que es el sobresalto, la intranquilidad de su posesión por legítima que sea, por asegurada que creamos tenerla.

El hombre que cree poseerla, es como el avaro dueño de inmensas riquezas y que no las disfruta por no disminuirlas.

Y esta misma intranquilidad hace que la felicidad no merezca este nombre porque no es completa, porque no es eterna, cualidades esenciales de la misma.

Y la prueba de que nuestra felicidad no puede estar en este mundo, la tenemos en nuestro mismo organismo, en el organismo de la creación.

Todo convida á la melancolía, todos nuestros pensamientos son mas bien tendiendo á la triste reflexión que á la bulliciosa alegría.

El ruido de la brisa que juega con las ramas de los sauces, el suave murmullo del arroyuelo

manso, el dulce canto de las aves, los primeros rayos de la aurora de la mañana y los últimos de la tarde, todo lo que parece denotar alegría, produce la meditación, y de la meditación á la melancolía no hay mas que un paso.

¡Cuántas veces solos, á las orillas del mar, y viendo descender á Febo bajo las espumosas aguas del Océano, doradas las cúspides de las montañas rodeadas de las fimbrias de una nube, se habrá desprendido de nuestros ojos una lágrima de melancolía! ¡Cuántas veces á la contemplación de la naturaleza, recordando lo efímero de cuanto nos rodea, se habrá escapado un suspiro de dolor de nuestro pecho!

Llorar! una lágrima de dolor despierta nuestros sentimientos, desahoga nuestro corazón y hallamos un consuelo en este ligero desahogo, una especie de oculta satisfacción en la resignación de los padecimientos que nosotros mismos no sabemos explicarnos, pero que es un bálsamo que cicatriza las heridas de nuestra alma.

Una lágrima de dolor es un desahogo de nuestro espíritu.

¡Cuántas veces daríamos la mitad de nuestra vida porque no se secara en nuestros párpados! ¡Cuántas veces nuestras mejillas se habrán hallado sedientas de esa perla que calma el ardor de nuestro rostro en las horas de crueles padecimientos!

Una lágrima, es una perla de rocío que brota en la flor de nuestra existencia, y apenas libres de ella nuestros ojos, se elevan instintivamente á la morada del Eterno.

Por eso, sin duda, un día de llanto regenera de toda una vida de disipación; por eso el recuerdo de un día de llanto nos hace amar la felicidad, que sin ese recuerdo seria para nosotros un diamante oculto en el seno de los mares.

Un carácter risueño, casi nos atreveríamos á decir que no ha sabido gozar de las pocas delicias que puede brindarnos esta vida; un carácter melancólico sufre, y el que sufre siente, y el que no está exento de sentimiento se inclina al bien, que es el único goce que puede haber en la tierra.

Hé aquí por qué decimos que llorar y sufrir es nuestro destino.

¡Bienaventurados los que lloran!

Bernardo Aparicio.

ABANDONADA.....

Huyendo de este sueño de tormento
Que ninguna ilusion dulce acompaña,
He adelantado al sol del firmamento....
Y antes que él he salido á la montaña.

El pajarillo sobre el blanco espino,
Que aun muestra en flor su cándida belleza,
Exhalando en el aire alegre trino,
Despierta al despertar Naturaleza.

Y al mirar que en su pico, con encanto,
Su alimento la madre le previene,
Á mis ojos anega un mar de llanto....
¿Por qué no tengo madre, si él la tiene?

El nido del amor, con vaiven grave,
En las ramas del álamo vacila....
¿Por qué no tengo un nido, como el ave
Que en las ramas del álamo se asila?

Nada tengo en el mundo que á él me una..
Nada el destino ingrato en él me ofrece....
No he tenido en herencia.... ¡ni aun la cuna
Que en su tibio regazo al niño mece!

¡Mi cuna fué una piedra!... allí bañada,
En mi llanto infantil que el cierzo orea,
Sobre tan duro lecho, fui hallada
Junto á la pobre iglesia de la aldea!

Sin padres, para mí jamás existe
Caricia alguna que el dolor concluya...
Y las hijas del valle, ¡ay de mí triste!
No me llaman jamás hermana suya....

La cabaña feliz de hojas formada,
Miro constantemente, y satisfecho
Y alegre el labrador en su velada
No me invita á pasar bajo su techo.

En torno de sarmientos que chispean,
Contemplo de sus hijos las delicias,
Saltan á sus rodillas, y desean
Recibir en la noche sus caricias.

Oculto el llanto que mis ojos baña
Y á la iglesia camino.... ¡asilo amado!
Donde jamás me miran como extraña....
¿Porque jamás se cierra al desdichado!

¡Cuántas veces contemplo tristemente
La piedra do mis duelos han nacido,
Buscando el surco allí del llanto ardiente,
Que al dejarme mi madre habrá vertido!

¡Cuántas veces con pasos desiguales
Recorro de las tumbas solitarias
El asilo! mas son para mis males
Sordas ¡hasta las urnas funerarias!

Ellas á la honda pena que me asola
No prestan en su seno lenitivos....
Porque una pobre huérfana.... está sola
Lo mismo entre los muertos, que entre vivos!

Lejos... muy lejos lloro... ¡pena fiera!
De los brazos que me han abandonado!...
Madre!... vuelve por Dios!... tu hija te espera,
Sobre la piedra donde la has dejado!

Tomás de Briones.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

Maria á Fabian.

No quiero dejar pasar el día de hoy, querido hermano, sin escribirte, y sin darte cuenta de mis emociones, como lo hago y lo quiero hacer siempre.

Preveo además que mi última carta te produciría una ansiedad igual quizá á la que experimenté yo al oír las palabras que Pedro dijo á su señor, y que encerraban, sin duda, una calumnia ó un secreto, que debian destrozar el noble corazon de un desgraciado, y yo no las podia olvidar un solo instante.

La habitacion del conde, situada en el piso segundo, que es el que ocupa con su esposa y su hija, cae precisamente sobre mi pequeño dormitorio, y toda la noche oí sus pasos resonar lentos y pausados, probando que él tampoco dormia.

Si el ayuda de cámara habia despertado sus celos, ¡qué largas debieron parecerle aquellas horas en que esperó, con la duda en el alma, la vuelta de su esposa!

Yo comprendia su afan y sufria con él, pidiendo á Dios que abreviase aquellos momentos. Oh! qué cosa tan horrible deben ser los celos, hermano mio! consagrar todos los pensamientos de nuestra mente, todos los latidos de nuestro corazon á un solo ser sobre la tierra; no hallar alegría, ni felicidad, ni esperanza si no en la sonrisa de sus labios, ó en la amante mirada de sus ojos; estar dispuestos á darle toda la sangre de nuestras venas, todos los años de nuestra vida, si fueran precisos para su dicha; cifrar nuestra voluntad en su voluntad, nuestros deseos en sus deseos, y recibir en cambio de todo esto una

decepcion, un desengaño mas horrible y mas grande, cuanto mas grande y mas inmensa es la pasion de nuestra alma! Esto debe ser espantoso, lo repito, debe ser cruel!

¡Pobre Horacio, pues, pobre ciego, cuya alma se hallará envuelta en mas negras sombras que las que por todas partes le rodean!

¡Quién pudiera dar la luz á sus ojos! ¡quién pudiera dar la paz á su espíritu!

Pero ¿qué soy yo para tanto? una pobre niña cuyo corazon lastiman las penas de otro, y que en medio de mi afan, sujeta entre estas cuatro paredes de una casa que no es la mia, como el pájaro entre los alambres de su jaula, ni aun he podido ir á murmurar en el oido de ese infortunado algunas palabras de consuelo!

Solo me era dado velar tambien, expiando el sonido del carruaje que debia conducir á aquella mujer, que entre las armonías y los delirios del baile, olvidaba sus mas santos y sublimes deberes!

Al fin, hermano mio, cuando el alba empezaba á derramar una incierta claridad sobre los cristales de mi ventana, escuché á lo lejos el rodar del coche sobre el empedrado de nuestra calle, y bendije al cielo porque la condesa Amelia venia al fin.

Conforme á las órdenes que habia recibido, fui á dar á su madre la noticia de su vuelta.

La pobre anciana tampoco dormia.

—Quizá entrará á verme antes de subir á su cuarto, dijo con acento quedo y amante; ¿ha cerrado V. las puertas de la habitacion?

—No, señora, la respondí; Andrés esperaba en la antasala y no lo creí necesario.

—Entonces.... ¡oh! vaya V. á ver si viene por aquí; murmuró casi en tono de súplica.

Yo salí de la estancia y llegué hasta la antesala. La condesa Amelia no habia pensado por un momento en ver á aquella madre anciana. Ya habia subido rápidamente la escalera y se dirigia á sus habitaciones.

—¡Tal vez entre al cuarto de su esposo, pensé un instante; tal vez vaya á darle esta prueba de interés y afecto! y te lo confieso, Fabian mio, esta esperanza hizo latir por un instante mi corazon; ¡hubiera hecho esto tanto bien al conde quizá!

Pero bien pronto me convencí que me habia engañado; la puerta del tocador de Amelia se cerró con violencia, separándola de este modo del resto de su familia.

Parece increíble que esta mujer, tan tiernamente amada, se cuide tan poco de los demás!

Volví tristemente al cuarto de su madre, que me preguntó al verme aparecer:

—¿Y ella?

—Ha subido ya, la respondí.

—¡Sin verme! exclamó con violencia.

—Tal vez piensa que la señora duerme, y el cuidado de no despertarla es el que la ha impedido llegar hasta aquí! murmuré compadecida del pesar de aquella madre.

Nada me contestó: inclinó la cabeza en la almohada y me despidió con un ademan.

Era ya enteramente de dia, y en vez de recogerme preferí bajar al jardin, porque mi frente necesitaba sentir un momento las brisas frescas de la mañana, para alejar de sí multitud de tristes pensamientos.

Para no molestar á los otros criados procuré atenuar el rumor de mis pasos, y sin que nadie me sintiera crucé la escalera y el patio principal. Con sorpresa hallé la puerta del jardin entornada, y penetré en él sin adivinar por qué motivo se tuviese abierto á aquellas horas.

Sin embargo, no sé qué presentimiento ó qué temor me hacia penetrar allí con alguna precaucion.

¡Oh! mi sospecha no era infundada; apenas habia dado algunos pasos por una alameda del centro, percibí el rumor de dos voces, que hablaban por intervalos cortados.

Me adelanté protegida por los altos arrayanes, y oí clara y distintamente la voz del conde, á quien acompañaba su ayuda de cámara.

—Vamos, señor, decia este último; el aire de la mañana es demasiado frio, y puede perjudicar á V. E., que además ha pasado sin dormir casi toda la noche; mejor estaria en su lecho descansando algunas horas.

—¿Y crees que podria dormir despues de lo que sé? ¿crees que se puede descansar teniendo un mar de enojo y de amargura en el corazon? respondió con una voz que me hizo estremecer; ¿crees tú que un hombre honrado puede reposar sabiendo que le engañan, creyendo que le ofenden en lo mas grande y lo mas caro: en el honor?

—Yo no juzgo que llegará ese caso, replicó con una viveza exagerada el criado; es verdad que ese loco de baron se vanagloria de ejercer alguna influencia con la señorita; que ayer juró enmedio de sus amigos que ella iria al baile; pero de esto, á que la señora condesa le escuche, hay gran distancia.

—¡Oh! es que Amelia desoyó los ruegos de su madre, que queria detenerla aquí; es que tenia una inquebrantable decision de acudir á esa fiesta, segun dijo, y esto combina perfectamente con lo que aseguraba ese miserable; ¡y yo inútil para saber la verdad, yo ciego, ciego! exclamó

con tal desesperacion que me hizo temblar.

—No se apure V. E. por eso, dijo el criado; yo soy fiel, y le juro que sabré averiguar....

El conde no le dejó concluir: acaso aquella oferta le heria en lo profundo del alma, rebajándole á sus propios ojos y humillando á Amelia ante un criado.

El desgraciado, que luchaba entre estas ideas y sus horribles dudas, impuso silencio á aquel hombre, ordenándole que le dejara solo algunos momentos.

Pedro obedeció, y él quedó apoyado en un banco de piedra, donde al cabo de algunos instantes se dejó caer con desaliento.

Yo le miraba adivinando lo que pasaba en su alma y compadeciendo su afliccion. Ya te he dicho, Fabian mio, que el dolor me atrae, y así es que sin premeditarlo, y cediendo solo á un instinto de mi alma, di algunos pasos adelante, y me encontré junto á Horacio, separada de él solamente por algunas débiles ramas. ¡Desde allí podia ver su pálida frente, agoviada por el infortunio! ¡podia oir los latidos de su noble corazon! pero ¡ay! no podia consolarle!

Al fin.... yo no sé como fué; sin duda algun movimiento mio, acaso un suspiro involuntario le hizo comprender que no estaba solo.

—¿Quién es? preguntó con tono severo; todavía estás ahí?

—Perdone V., señor conde, respondí turbada viéndome descubierta; perdone V., soy yo que he bajado á respirar la brisa de la mañana; pero si le molesto á V. me iré al instante.

—No, contestó; quédese V., no quiero privarla de un placer tan puro.

—¡Es tan hermoso todo esto! dije sin saber apenas lo que hablaba.

—¡Oh! feliz V. que puede verlo, murmuró con inmensa amargura; feliz V. y desgraciado de aquel á quien Dios ha privado de la luz, tornándole en la mas miserable y triste de sus criaturas!

—Señor conde, respondí yo con rapidez; no se juzgue V. tan desheredado de la Providencia; hay otros seres mas desgraciados aun, y que bendicen, sin embargo, su misericordia.

—¡Mas infeliz que un pobre ciego!

—¡Oh, sí!

—No sé quién puede serlo!

—El que sin un rayo de claridad bendita en el alma, cruza la tierra sin esperanza en el mañana: el que teniendo la conciencia llena de sombra, no puede tornar sus ojos hácia ella, porque su noche le extremece.

—Y ¿quién ha dicho á V., señorita, que es solo el velo que cubre mis ojos el que anubla mi

espíritu, el que me hace insoportable la existencia?

—Oh! Dios al darle una desgracia le ha dado grandes compensaciones: consideracion, riqueza, amor; todo esto debe consolarle y aminorar su dolor. Además, yo estoy cierta de que á través de esa venda que hoy cubre sus ojos, vé V. un mas allá, grande, inmenso, visible solo para el alma, y en el cual no hay sombras ni oscuridad, porque la mirada de Dios le ilumina. Un mas allá ante cuya espléndida hermosura palidecen y decaen todas las hermosuras de la tierra, que son polvo y humo, y que perecen en un día.

Callé, y el conde parecia escucharme aun, pasó una mano por su frente, separando los negros bucles que la cercaban, y murmuró:

—Sí, tiene V. razon: las dichas y los amores de este mundo son bien deleznales y mentidos; pasan en un dia, y es necesario tenerlos en poco y despreciarlos, puesto que son tan falsos.

—No todos, exclamé; los afectos que nacen del alma no pueden morir, porque el alma es inmortal; á veces una apariencia nos engaña, una ilusion nos hace dudar; pero, ¡ay señor! una apariencia, una sospecha, está muy lejos de ser una verdad.

Sin duda adivinó mi pensamiento porque me preguntó con afan y palideciendo densamente:

—¿Ha escuchado V. mi conversacion con Pedro?

No sé mentir, hermano mio, y despues de vacilar un instante, le contesté franca y sinceramente que sí.

Quedó inmóvil y contrariado con esta respuesta; luego murmuró:

—Á un hombre que no puede ver lo que le rodea hay que dispensarle algo!

—¿Me permite V., señor conde, que le hable con lealtad? le pregunté.

—Oh, sí! me dijo; hable V., señorita: no sé qué encanto hallo en su voz; no sé qué de sublime en sus razones, que me dominan y me consuelan: hable V., que de sus labios puedo escucharlo todo.

—Señor, yo soy una pobre niña cuyo solo maestro es el corazon; pero él me dice que ese criado no es buen depositario para guardar los secretos y el honor de la condesa Amelia. La idea de una recompensa, el pensamiento de especular con la generosidad de su señor, pueden poner la mentira y la calumnia en sus labios, con tanta mas seguridad cuanto mayor es la imposibilidad de que su falsia pueda ser descubierta.

—¡Tiene V. razon! pero ¿qué hacer? ¿qué ha-

cer en esta horrible ansiedad? ¿quién me guiará en esta noche eterna?

Y en su afán se oprimía la frente y apretaba sus manos con furor.

—Oh! yo le consolaré á V., dije sin saber lo que ofrecía, pero trastornada por aquel dolor; yo le consolaré; pero que el nombre de la condesa no se manche en la boca de ese hombre.

Me tendió la mano y yo le alargué la mía.

—Acepto, dijo; V. es un ángel y los ángeles no pueden engañar; seamos, pues, aliados, y así no estaré tan solo en este mundo.

He admitido, hermano mío, y heme aquí dispuesta á procurar por todos los medios volver la paz á este corazón herido.

Pero ahora me pregunto con espanto si nó tendré que mentir y que engañarle para conservarle su fé; ¿será cierto que la condesa....? Oh! no: no es posible, no puedo creerlo: ella es buena, y luego.... ¡debe querer tanto á su esposo!

Pide á Dios, hermano mío, que me ayude en mi empresa, y que logre ver unida y dichosa á esta familia que me tiene en su seno.—*Maria.*

(Continuaré).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA GRATITUD.

De pomposa enredadera,

Que el aura al pasar no humilla,

Alzabase placentera

La mas gaya campanilla

Que orló jamas la pradera.

En espiral caprichosa

Con rozagante vestido,

Se abrazaba cariñosa

Á la corteza nudosa

De un abedul carcomido.

Y diz que al ver su color

Prendóse el sol de la bella

Que no desdeñó su amor,

Y á cada nuevo sol, ella

Abria una nueva flor.

Y víanse deshojadas

Á sus piés desparramadas

Otras flores que abatió

Rudo huracán, que agostó

Sus corolas delicadas;

Mientras que erguida y ufana

La enredadera galana

Cubria el seco abedul,

Abriendo una flor temprana

Del mas purísimo azul.

Por tan rara maravilla
Al contemplarla admirado,
Pregunté á la campanilla:
«¿Quién eres tú, florecilla,
Que el viento cede á tu lado?»

Respuesta esperaba en vano
De la linda enredadera,
Cuando un arrayán cercano
Movi6 sus hojas ufano
Y me habló de esta manera:

«En esta rica floresta
Por cien arroyos regada,
Nació triste y olvidada
Esta flor bella y modesta
De las demás despreciada.

Lentamente iba creciendo
Viles ultrajes sufriendo,
Y al pié de ese árbol llegó,
Y él su desventura viendo,
Firme sosten la ofreció.

Un dia en que primorosa
Pintaba un nuevo capullo,
Una ráfaga impetuosa
Castigo al pasar, furiosa,
De las demás el orgullo.

Y gracias á los favores
Y singular proteccion
Del abedul, sus primores
Libró, y sus preciadas flores
De aquella devastacion.

Y como obligada viera
Desprovisto de verdura
Al que su sosten le diera,
Le vistió con su hermosura
Al llegar la Primavera.»

Jacinto Félix de Jaumar.

LOS HIJOS DE EDUARDO.

(Conclusion.)

—Enrique: cuando crezcas mas, cuando leas la historia, verás que los reyes no son tan dichosos como crees. Yo no hago mas que comenzar á abrir los libros y ya he visto, y ya me han contado que habia algunas veces muchas penas bajo la corona....

—¡Oh hermano mío! no hables así, porque me entristece tanto el oírte como el ver á mi tío Gloucester.... ¡es tan feo! ¡tiene un rostro tan...!

—Silencio, Enrique, no digas mas; si nuestro tío....

—Nadie puede escucharnos.

—¿Quién sabe? ¿Te acuerdas bien que lady Sarah nos repetía con frecuencia, que las paredes tienen oídos, y que lo escuchan todo....? Pero, calla: Enrique, ¿no has oído ruido?

—Sí, del lado de la puerta, y Fidelio lo ha oído también (el perro de los príncipes se había dirigido hacia la puerta, y ladraba).

Enrique, aproximándose á su hermano, le dice: «Yo tiemblo.»

Eduardo, algo mas tranquilo porque el rumor había cesado, continuó en voz alta:

—Sí: cuando yo sea rey perdonaré á todos aquellos que han hecho mal á mi padre, á mi madre y á nosotros dos.... Escucharé siempre los consejos de mi tío Ricardo, que es inteligente y conocerá los buenos y los malos: él me rodeará de los unos y me apartará de los otros, y con mi corazón y sus consejos, haré la dicha de nuestro país.... Cuando sepas, Enrique, que hay un infeliz que sufre, dejaremos nuestros vestidos dorados para ir á consolarle y socorrerle.... Y cuando hayamos hecho mucho bien, el pueblo nos bendecirá y dirá: «El duque de Gloucester, su tutor, el noble protector del reino, es el que los ha educado así, y nosotros iremos á la tumba de nuestros padres y les diremos:—«Oid esas voces que bendicen á vuestros hijos....»

—Eduardo, toma tu libro de devociones, la noche viene: oremos.... Mira á Fidelio que vuelve á ladrar.

—Puede que sea lord Hastings que sube.

—Si fuera él, nuestro perro no ladraría: tú sabes bien que él conoce á nuestros amigos. ¡Ay! me extremo....

—¿Qué es eso, Enrique? acuérdate que eres príncipe.

—Tú me has dicho que los mataban algunas veces.

—Cuando han hecho mal á alguno; pero nosotros ¿á quién hemos causado daño?

—¿Pero y si quieren tu corona y vienen con un puñal á decirte que la cedas?

—Entonces yo les responderé que no; que pueden matarme porque jamás cederé lo que es mío.

—Y bien, entonces te asesinarán, y harán otro tanto conmigo. Escucha, Eduardo, ahora poco me decías que los labradores eran mas libres y mas dichosos que nosotros, si tú piensas de esa suerte ¿por qué quieres ser rey?

—Porque es mi deber.

—Pero nos matarán.

—No importa, Enrique, ¿quieres que yo sea un cobarde? ¿quieres serlo tú mismo?

—No: ¡pero somos tan jóvenes! yo no quisie-

ra morir todavía.... Hermano mío, mira por encima de esa puerta: ¿no ves luz en la escalera? ¿Quién puede ser á esta hora? ¡Ah, Dios mío! ¡tened piedad de nosotros! ¡Virgen santa, Madre de Jesus, no nos abandoneis!

Los príncipes hicieron la señal de la cruz: el perro ladraba con mas fuerza: la luz se acercaba, se oyeron voces, y el gobernador de la torre gritaba: «Sin pasar sobre mi cadáver no lograreis tocar á los hijos de mi rey: ambos han sido confiados á mi guarda, y es preciso que me mateis antes de tocar á un solo cabello de sus cabezas.» Una voz bronca le respondió:—Pues bien: vé á decir á tu difunto rey del modo que guardas sus hijos. Y entonces llegó á los oídos de los dos afligidos príncipes el último gemido de un moribundo.

Este era el leal gobernador, que acababa de ser herido en el corazón por Jacobo Tirrel, ejecutor de las sangrientas órdenes de Ricardo.

Los dos niños no se atrevieron á mirar del lado de la puerta, y se mantenían estrechamente abrazados, llorando y orando juntos. La llave sonó en la cerradura.... los príncipes se estrecharon mas, y cerraron los ojos. La puerta se abrió, y Tirrel, cubierto con la sangre del hombre que acababa de asesinar, entró llevando en la mano una linterna, y en la otra el puñal homicida. Un monstruo tan espantoso como él le acompañaba. El perro ladraba siempre y queriendo morder para defender á sus dueños, se lanzó á los asesinos.

—Bob, dijo Tirrel, haz callar ese gozquecillo: ahógale mientras hacemos....

—Eso es fácil, y se hace al momento, respondió Bob, y con su larga y ancha mano agarró al perro, le estrechó el cuello, lo ahogó y le arrojó muerto sobre el lecho de los dos hermanos.

—¡Oh! no nos mateis, gritaron estos volviéndose y cayendo á los pies de los sicarios de Ricardo: no nos mateis; ¿quereis oro? nosotros os lo daremos.

—Qué, ¿tan pequeñuelos y ya teneis oro cuando padres de familia como yo, no le tienen? Ese oro es nuestro, es nuestro sudor, y es la sangre del pueblo.—Cuando no haya lobos ni lobeznos, seremos mas ricos; añadió Bob.—Vamos, Tirrel, coge tú uno, yo el otro y concluyamos....

—¡Ah, por piedad, por piedad no nos hagais mal! ¡Considerad que no hemos hecho daño á nadie! gritó Enrique.

—No lo toqueis, no pongais vuestra mano sobre él: es mi hermano y yo vuestro rey.... Os mando que no le hagais ningun mal.

Y su imponente majestad aumentaba las gracias de la infancia. Cualquiera otro que el feroz

Tirrel se habria conmovido; pero este bárbaro, con una espantosa sonrisa, le replicó:

—Reyecillo: parece que quieres volar como el águila: es una lástima que no puedas crecer, porque harías un gran rey; pero tus palabras no son las que nos contendrán: nos habeis hablado de oro: ¿en dónde le teneis?

—¡Ah! vedle aquí, gritó Enrique. Mis buenos señores, tomad: este es un rosario de oro que mi madre me puso al cuello el día de mi nacimiento, y lo bendijo el Santo Padre: la cruz es de esmeraldas, y el relicario contiene una astilla de la verdadera cruz.... Yo os la doy; pero no nos hagais ningun daño.

—Dádmela; y tendió su mano tinta en sangre.

El príncipe le entregó el rosario.

—¿Y yo? dijo Bob.

—He aquí el crucifijo de Eduardo; es de plata y el Cristo de oro.

Y el asesino recibió del príncipe la imagen del Dios que ha dicho:—¡No matarás!.... Después, mirándose los dos, volvieron á reirse, diciendo:

—Hémos aquí armados como santos.

—¡Oh! vosotros sois muy buenos y nos dejareis vivir: ¿no es verdad? Ya os hemos dado todo lo precioso que teníamos.

—Y vuestro tío el duque de Gloucester, protector del reino, ¿qué dirá?

—Él os bendecirá y os colmara de bienes.

—¿Lo creéis así?

—Seguramente. Es el tutor: nuestro padre era su hermano, y cuando nuestra madre en su última enfermedad nos llamó á su lecho para darnos su bendición, Ricardo también se hallaba presente, y nuestra madre le dijo:—«Hermano mio, yo te confío mis hijos.» Y él, llorando como nosotros, la respondió—«Sí, mi querida hermana; yo cuidaré de ellos y de la corona.»

—Pues bien, ha cumplido en un todo su palabra, y ha tenido gran cuidado de vosotros, pues que os ha dado un alojamiento seguro. En cuanto á la corona, piensa siempre....

—Vamos, Tirrel: mira que perdemos nuestro tiempo, dijo Bob.

—Es verdad; pero me siento conmovido y tiemblo.... no me conozco.... estos niños tan hermosos....

—Y vosotros tan buenos, añadió Enrique acariciando con sus manos blancas, las del infame Tirrel: nuestro amigo Hastings, os recompensará también.

—¡Hastings, el viejo Hastings! repitió Tirrel, y su espantosa risa hizo temblar de nuevo á los niños.

—¡Oh, sí! él nos quiere mucho.

—Pues vais á encontrarle en el instante, re-

plicó Bob.... Vamos, Tirrel: ya ves que quieren ir á reunirse con su amigo.... es preciso ser condescendiente.... despachémonos....

—Este rosario que me ha puesto en el brazo me ha vuelto tan débil como una mujer.... No tengo corazon para la obra.... Y tú con tu crucifijo, ¿no sientes nada?

—Yo no lo he tomado: vele ahí sobre la mesa: yo sé que las reliquias y las cruces impiden hacer cumplidamente lo que se nos ha mandado; pero no nos salvarían de nuestro dulce amo Ricardo; con su mano torcida nos ahogaría.... Así deja tu rosario y manos á la obra; después lo recogerás.

—Tienes razon.

Dichas estas palabras los príncipes vieron á Tirrel arrojar el rosario y levantar el bárbaro puñal.

—¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio! ¡tened piedad de nosotros! gritaron ambos á la vez y se estrecharon fuertemente; sus rostros se tocaban, sus corazonas también, la cabellera dorada de Eduardo se mezclaba con los rubios cabellos de Enrique. Los dos hermanos, unidos así por el temor y la ternura, parecían uno de esos grupos de niños que los estatuarios hacen salir de un mismo pedazo de mármol. Pero los brazos de Bob se empeñaban en separarlos.

—¡Dejadnos, dejadnos, no nos separeis!... Matadnos juntos.

—Déjalos, gritó Tirrel con voz imperiosa: déjalos, yo te lo ordeno.

—¡Ah, señor! ¡qué bueno sois! exclamaron los príncipes, y los dos se arrojaron al cuello de Tirrel.

—¿Qué quereis? les preguntó el mónstruo.

—¿No habeis dicho que nos dejarán vivir? queremos expresaros nuestra gratitud.

—Vaya, quitaos, no hay por qué; yo solamente le decia que os dejase morir juntos.... porque es forzoso que haga mi deber....

—Sí, sí, despachémonos, añadía Bob; es preciso concluir.

Los dos príncipes se mantenían estrechamente abrazados: Bob los tomó en sus brazos.... y á una señal de Tirrel los arrojó sobre su lecho.... Todavía se oían sus gritos, pero ya no se les veía, porque los asesinos apretaban con toda su fuerza, con un colchon que habían arrojado sobre ellos.... El rumor cada vez era mas sordo.... apenas se escuchaban ya sus gemidos: se vió temblar el lecho.... después nada se movía.... luego todo quedó en silencio, en un sepulcral silencio.... Todo habia terminado.